

Bailé, obligado por la cortesía, con las dos o tres jóvenes que me parecían más bonitas. Y al terminar una polka, en que mi pareja fué la hija del alcalde, noté que mi amigo había sufrido un olvido o distracción dejando de presentarme—¡pícara casualidad!—a la más bella de cuantas muchachas asistieron a la fiesta.

Después de buscarle para que reparase su falta, halléle entre un grupo de señoras respetables, y hablaban, precisamente, de mí.

Le llamé aparte, y le dí cuenta de mi observación.

—¿Y, quién es ella?—preguntó.

—Aquella señorita—le dije señalando con la vista hacia un rincón en que se hallaba la interesante mujercita departiendo con una dama enlutada y sesentona.

—¡Ah, sí! «la Incasable»: Rosa María Gaitán—exclamó irónico.

—¿Y quién es esa chica, y por qué le llaman «la Incasable»?—pregunté curioso e intrigado:

Con brevedad me refirió mi amigo, que Rosa María Gaitán era hija de un maestro de escuela que murió en el pueblo, dejando desamparadas a aquellas dos mujeres—hija y viuda respectivamente—que yo veía juntas en el ángulo del salón; que contaría treinta años; que era honrada y hacendosa en grado sumo; que le llamaban «la Incasable» porque jamás había tenido pretendientes; que las demás muchachas le hacían el vacío, como había podido observar, solo por envidia, pues la sabían superior en cultura y educación a ellas.

—Y ahora, dispensa mi omisión; pero no la creí en el baile—terminó de explicarme Pepe.

—¿Y a qué se debe el retraimiento de los mozos del pueblo para enamorarla, siendo la más hermosa de todas las muchachas? ¿Es que existe alguna mancha en la familia? ¿algún «pero» de los que condenan, implacablemente, en el mezquino ambiente rural, a toda una generación, para ensañarse en quien menos culpa tiene?

—No, hombre, no: su familia, como ella, es honradísima.

—Pues chico, no lo entiendo: guapa, hacendosa, honesta, y... sin encontrar novio. ¡Que no lo entiendo, ea!

—¿Te convences ahora de que para un cortesano son inexplicables los más sencillos sucesos de las aldeas? La explicación que tú no hallas está en lo más sencillo del mundo para estos patanes: consiste en que no tiene dinero, en que carece de capital, en que es pobre. ¿Lo entiendes ahora?

—Menos que antes. ¿Cómo voy a sospechar yo que esa muchacha no se case porque sea pobre? ¿Es que no hay en el pueblo un ricachón que pueda permitirse el lujo de casarse con una mujer que ha de hacer la felicidad de quien la tome por esposa?

—Sospecho que no, pues de haberlo no estaría soltera a estas horas.

—Pues bien, Pepe, preséntame a «la Incasable».